USA.

43
LA SUBIDA CASI FANTÁSTICA A LAS ORILLAS DEL CIELO Y LA BAJADA SÚBITA AL REINO DE LAS PAILAS ARDIENTES.

Pues sí, y pasado los años, como suele ser la vida y el mundo, les tocó, al fin y al cabo a las ánimas putrefactas de quienes habían sido los tres fantasmas de Clayton, abandonar este valle de lágrimas.

Según los periódicos de la época, aquel infausto suceso aconteció, precisamente el fatídico 31 de diciembre de 1999, unas horas antes del siglo veintiuno, justamente diez años después de aquella nochebuena mala.

Cuentan que venían los tipos acompañados del séquito de sus seguidores, a la salida de una carpa de títeres, ubicada en las áreas revertidas de la antigua the Canal Zone, en donde habían presenciado una obrita póstuma de Chuchú Martínez ttulada: "Don Pichulín y los soldados, sobre la yerba, en su jardín". Y ocurrió que de repente y en un lugar de cuyo nombre ellos no querían acordarse, apareció un vendaval, una especie cabeza de agua, de compactas multitudes que gritaban palabras de una ferocidad inaudita, planetaria, global.

¡Qué Comando Sur ni Norte, amigo!... mira allá arriba... ¡Nos llevó candanga!...

—¡Huy!... —gritó uno de los fantasmas— ¡la chusma!

—¡Oh! —gimió el fantasma segundo—Niño de Praga, Santa Bárbara bendita, Pío Nono, San Judas Tadeo, Cristo Negro de Portobelo... ¡sálvanos! ¡Piedad!... ¡piedad!... ¡por mi culpa, por mi grandísima culpa!.

—¡Horror! —exclamó el tercero—¡Mamarrachos!

Pero en esos instantes faltaban solamente cinco minutos para las doce del día, y quedaron rodeados, en el centro de la nueva barriada de El Chorrillo, como tres mojoncitos en la mitad del mundo.

—¡Santo Dios!... ¡ven a nos San Martín de Porres!...

—¿Para que llamas a ese negro sin influencia?... Marca en el teléfono celular y pide de nuevo la asistencia del Comando Sur, gordo ingenuo.

—¡Qué Comando Sur ni Norte, amigo!... mira allá arriba... ¡Nos llevó candanga!...

Eran entonces las doce en punto, y arriba, colgado de un helicóptero Chinoon iba el último soldado norteamericano, quien salía de las bases militares.

En la plaza tronaban los aplausos, los vivas y las muertes... Así, al verse totalmente indefensos ante el amenazador cerco del gentío que celebraba, precisamente el fin de siglo y del enclave colonial en el país, y de pronto, ver que el lugar se oscurecía con la misma velocidad de un eclipse total, porque unos muchachos habían levantado una gigantesca bandera que le tapó la cara al sol... Dicen los periodistas de agencias extranjeras, de entero crédito, que allí mismo, los tres fantasmas cayeron como fulminados por un rayo.

—¡Uhhhhh!... —resonó un clamor como de trueno ampliado por mil altavoces.

Y al tornar la luz, en el momento en que los muchachos hacían girar la banderota , la multitud se acercó a unos metros de los caídos fantasmas catapultados.

—¡Fo!... —exclamaron al unísono y con un compás de punto socavoneado se retiraron.

—¿Qué ha pasado? —gritó alguien con formidable voz.

El coro volvió a acercarse a los cuerpos tendidos en el

asfalto grotescamente como mojigangas supremamente tristes o muertos.

—¡Fo!...

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de la televisión francesa.

—¡Fo! —repitió el coro. Estos comieron gallotes y no le quitaron las plumas.

—¿Qué ha dicho el coro? —preguntó el francés.

—Dijo que alguien se había hecho pupú en la plaza.

Hacía varios meses que el estrés minaba la salud de lo más encopetado de la "society", de los altos y sofisticados barrios del área metropolitana. Las más famosas clínicas estaban abarrotadas de bien comidos y rollizos individuos e individuas que, sin embargo, padecían de todos los males de la sique, del sistema nervioso central, del gran simpático y sistemas correspondientes.

Era la nueva versión de las siete plagas de Egipto, pero con énfasis en los espíritus.

Resultaba ya común el espectáculo, de ver a muchachas quinceañeras bajar de elegantes Mercedes Benz o ricos Volvo, o BMW, en plena Plaza 5 de Mayo, en bikini transparente o arropadas con los llamados hilos dentales; tranquilamente, se mostraban así por fregar la paciencia, a través de todos los medios de comunicación que hacían su agosto con esta moda del indiscreto encanto de la burguesía.

En otra dirección, y sitio, también llamaba la atención la presencia creciente de conocidos banqueros, financistas, empresarios y toda la elite de millonarios, quienes realizaban caminatas en el parque Omar y concluían el esfuerzo físico, trepados en cajones de Coca-Cola o Pepsicola, frente a la biblioteca Nacional, con discursos pintorescos y humorísticos sobre los diversos temas de la actualidad política: derechos humanos, valores cívicos, democracia,

desmilitarización, desarrollo sostenible, calidad total, globalización, bancarrota del comunismo. Algunas peroratas tenían, incluso, una lógica formal, bastante bien concatenada. Pero lo curioso era que al terminar, y volver a los ejercicios finalizaban los señoritos, haciendo corcovitas, saltos mortales y retando a los puños a otros oradores de la misma catadura, de los que por allí merodeaban en su desespero.

—Mucho se habla hoy de nosotros; nos acusan de capitalistas, de pertenecer al Club de los Exonerados, de rabiblancos y de otras porquerías propia de la chusma de este país. —Decía en su discurso uno de los participantes —Nos calumnian, al decir que le hemos sacado los hígados a los obreros con ganzúas, que somos gringueros y chupácteros sociales. Puras babosadas. La verdad es que si no fuera por nosotros, todos ustedes se morirían de hambre. ¿Por qué invertimos? Para ahorrar divisas, para dar empleos y hacer más grande a este país. Nuestras vidas, señores, han sido de constante sacrificio, y todo cuanto tenemos fue el fruto de nuestro sudor. ¿Qué somos ladrones de levita? ¿Y que todo capital está embarrado de sangre? Fueron las calumnias de ese delincuente llamado Carlos Marx. Los únicos ladrones fueron los militares, y bien hicieron, nuestros socios los norteamericanos en invadir el país, pues así nos liberaron y trajeron la democracia.

Señores, pero ahora, debido al tirano de Omar, y al tonto de Carter... ¿qué pasará? Que se van nuestros grandes amigos, protectores y bien amados norteamericanos, y sin ellos, óiganlo muy bien, sin sus soldados, sin sus bases militares, y sin ellos, este país será una verdadera porquería... ¡una mierda!

Y es por eso que venimos aquí, todos los del Club, para exponer nuestro derecho a vivir, como hemos vivido, porque aquí lo que cuenta es el dólar. Sin el dólar no valemos hostia... Lo sé yo que estudié economía en Harvard, y que he levantado empresas importantes y soy del Centro Financiero Internacional. A nadie he robado los treinta millones que allí poseo, ni los veinte que tengo en el exterior. Pero además, señores yo soy filósofo. Estudié toda la filosofía griega, y la modernas de Francia y Alemania. Me sé de memoria a Hegel, Kant, Descartes y hasta Engels. Y además yo soy la verdad absoluta, porque también hago de astrónomo, espiritista, masón, adivinador. Yo practico kárate y boxeo. Mano de Piedra Durán, frente a mí, es una pobre tachuela. Mueran los vendepatrias que se oponen a los gringos. Hagan claridad, ¡oh! mis cruzados civilistas. Venga mi caballo. Yo soy Napoleón Bonaparte, y voy a invadir a Fidel Castro en las llanuras de Vnúkovo. ¡Síganme canallas!...

Y entonces salía a correr a todo trapo, sobre un palo de escoba, en las colinas del Parque Omar.

Otro socio, detrás le seguía en el trote y le gritaba:
—Napoleón... Napoleón... espérame, que yo soy Al Capone.

Todo esto parecía un trastocamiento de la sociedad, pero los más destacados sociólogos de la universidad, sostenían que la razón era muy clara. Roto el cordón umbilical que los había atado, amamantado y sostenido desde antes de la fundación de la república, cuando los lejanos días del ferrocarril interoceánico y la Tajada de Sandía, de pronto, la ruptura fatal de este cordón producía la galopante alienación de esas gentes; de muy adentro les brotaba el susto de la sangre, al pensar que de los arrabales se levantarían todos los muertos de la Guerra de los Mil

Días, de la lucha inquilinaria del año 25, del Nueve de enero del 64, del 20 de diciembre de 1989, y asimismo, la tragedia de todos los campesinos encerrados, presos y asesinados por el desequilibrio de la tierra y el rencor de más de quinientos años de los indios y cholos. Los viejos amos pensaban que toda esa chusma levantaría docenas de plataformas y procederían, en un festival macabro a realizar ahorcamientos colectivos, para así sacarse el clavo viejo, desde los días de Balboa y del pirata Morgan.

Ellos, los viejos amos, en las altas noches, oían, desde sus balcones de vidrio y ventanas de oro, a la chusma cantar tonadas y tamboritos en las plazas bajas, no sólo con amenazas reales, sino con provocadores versos:

"Llorelé y ajé y ajá...
¡que se vayan del Canal!"

Yo me pregunto: ¿cómo pudimos haber caído en la trampa de esos Tratados?

Esto se acompañaba con groseras murgas, incluso en las horas de la madrugada, todo en un remolino de voladores y cohetería salvaje, lo que se mezclaba con horribles rapeos, de morenos, zambos y mulatos, que incluso los cantaban en el inglés de los chombos de Río Abajo y del Boca Town...

La gente sensata y clara del país, en realidad no sabía qué estaban fumando los de las empinadas elites, porque todo parecía normal y se desenvolvía como fue pactado.

Ellos se habían dirigido a las autoridades de los Estados Unidos, de la Unión Europea y aun de la O.N.U. para que evitara una matanza como la de Ruanda. Pero no recibían respuesta. Propusieron, en todo caso, una fuerza multinacional de Cascos Azules de la O.N.U. ocupara Panamá, en reemplazo de las tropas norteamericanas, pero no tuvieron éxito con el Consejo de Seguridad.

Sin embargo los norteamericanos, no sufrían el pánico de los rabiblancos del país. Una interesante entrevista de una revista europea aportaba lo siguiente:

—La verdad —respondió un recalcitrante militar sureño, del comando militar de Fort Clayton, yo no entiendo la política de mi país. Bueno, nos vamos... okey, no hay problema, pero siento que esta política es para atrás y para adelante y vuelta para atrás. Yo me pregunto: ¿cómo pudimos haber caído en la trampa de esos Tratados? Muerta de risa debe estar la canalla que siempre gritaba: "Yankis go home!"... Y luego ¿qué hicimos? Pues la guerra, pese a los mismos tratados, que hemos dicho, íbamos a cumplir. Triunfamos limpiamente, no quedó dudas, ¿pero cómo entender que luego de hacer una guerra victoriosa, los ganadores se retiren? Y mire, señor periodista, esto viene a suceder cuando ya hemos derrotado globalmente también al enemigo estratégico, el que, luego de nuestro largo asedio se hundió, como un dinosaurio, en su laguna.

Pero ¿sabe una cosa? Alguna gente del Pentágono debe estar cocinando otro plato. Tengo esa confianza.

—¿Cómo, coronel —preguntó el periodista.

—Paciencia. Ya lo verán... Claro, nuestros oficiales y el personal administrativo, que por años han vivido aquí, no están alegres, que digamos. Panamá para ellos siempre fue visto como un paseo tropical, como vacaciones. Un país tranquilo, con playas, señoritas y gente servicial. Ellos compraban en los comisariatos cosas de la más alta calidad y dos veces más baratas que en los propios Estados Unidos. Tenían altísimos salarios, sobre todo en el área de la administración y derecho a viajar a los Estados Unidos, una vez al año con pasaje gratis. Un paraíso y eso lo pierden. Yo también. Aquí en mi lancha iba cada mes a Piña,

en Darién y allá pesqué de lo lindo. Mire esta foto, es un pez sierra, el de la izquierda soy yo mismo; esa vez gané el trofeo.

No era lo mismo, entre los sectores más sensatos del área civil de la ex-Zona del Canal.

—Dígame ingeniero —preguntó el periodista— ¿cómo siente la salida de ustedes del país, próximamente?

— ¿Yo? No hay problema. No me voy, me quedo.

—Pero todo esto pasa ahora a jurisdicción Panameña y se acabó The Canal Zone; es el fin.

—Sí, el fin colonial, pero no de mi estancia acá. Me quedo. Aquí, en la administración, yo levanté mi familia, tuve mis cuatro hijos.

—¿Su esposa es panameña?

—No, norteamericana, de Arkansas.

—Y ella, ¿qué dice?

—Fue la que terminó de convencerme de que nos quedáramos para siempre aquí. ¿Sabe? He viajado mucho en el mundo, pero lugares como éste, para mí hay muy pocos. No cae nieve, no ocurren huracanes ni terremotos. Con un solo tipo de ropa vivimos, pues el clima, aunque caluroso es estable, y hay sitios muy frescos, aún en la capital. El mar está a pocas horas de donde he comprado una tierra para mi jardín, mi huerto y hasta mis caballos. Puedo desayunar con Katy y mis hijos a las siete de la mañana en el Atlántico, y volver a desayunar a las ocho a.m. en el Mar Pacífico. ¿No es esto clase?

—¿Pero no siente el peligro de la actitud de los panameños?

—Mire, desde la fundación del Canal, no hemos conocido actos de terrorismo contra personal norteamericano. Esto no es Medio Oriente, ni tampoco Chicago. Ahora cuando Estados Unidos, cometió el error de hacer una

guerra, alguna violencia natural hubo, desde luego, es comprensible.

Pero hoy es tan grave la violencia en Estados Unidos, que Katy, mi esposa, se espanta de lo que ve todos los días en el cable. En este país yo, norteamericano, he andado por poblados, caseríos y en el bosque y nunca he temido del trato con los panameños, siempre he sentido de su parte cordialidad y cooperación, es muy buena gente. Además, yo conozco algo a la historia del país, y creo, realmente que es un pueblo culto, respetuoso. No hay chovinismos. La consigna de "Yanki go home", es política, no discriminatoria contra nosotros, es el problema colonial, el papel norteamericano en el mundo, que ellos han sufrido mucho acá. Le diré, incluso, las fuerzas más radicalizadas del nacionalismo, las propias izquierdas jamás cayeron en provocaciones insensatas y acciones terroristas de otros países, y no es que sean castrados ni dóciles; es algo excepcional, aunque se dice que en América Latina, el sur es más avanzado y culto.

Yo tengo muy buenos amigos, en todas las esferas: empresariales, laborales, religiosas y de vecindad. Y como yo, varias familias norteamericanas que han asimilado la cultura y las bellas tradiciones de estas gentes. Y no queremos dejar el país, por esta coyuntura histórica y no porque yo tenga aquí algunas empresa, alguna explotación. Mi nombre es Henry, pero ¿sabe como me dicen los panameños, cuando me llaman por teléfono?:— "¿eres tú, Gringobueno?".... No me conocen por Henry, sino por Gringobueno. No tenemos problema, al contrario sufrimos mucha nostalgia si tuviéramos que irnos obligadamente. Pero nos quedaremos, no como extraños, ni colonialistas, sino como gente humana, simplemente, con nuestros perros, caballos, rosas y las orquídeas de mi mujer.

Pero aquel mediodía, en la plaza de El Chorrillo, en el momento en que la emocionada masa trató de levantar en vilo a los tres fantasmas que habían caído de bruces sobre el piso, una bandada de pájaros changos y grandes murciélagos y vampiros, revolotearon por encima y levantaron los cuerpos y, en vuelo vertical, se los fueron llevando, llevando y llevando al cenit del celeste hemisferio, cuando ya el sol, se había apartado de allí, más o menos a un jeme de distancia, según la perspectiva área.

—¡Uuuuh!... —mugió la muchedumbre airada.

No se pudo saber a qué velocidad subían, hacia los barandales del cielo, mas era de suponer que los pájaros changos y los murciélagos y vampiros, lograron la velocidad de la luz y algo más.

Se cuenta que al llegar a una meseta de nubes sólidas, dejaron sobre un pedestal a los fantasmas. Allá quedaron los tres líquidos aliados, agarraditos de las manos, en la infinitud de los espacios infinitos. Al tratar de mirar abajo, se marearon y volvieron a levantar piadosamente los ojos para el más arriba , como un trío de corderos a punto de degollar.

De pronto apareció una puerta de material desconocido, y un letrero: —"Si desea una entrevista con San Pedro, oprima el botón de la izquierda".

—Tú —dijo el gordo, tartamudeando— Tú que eres tan bravucón, atrévete y toca ese timbre.

—¿Yo? ¡Las huevas!... Todo esto es una pesadilla, estamos soñando, lo que acaba de ocurrirnos es una total mentira. Además, si lo que nosotros hicimos fue aprobado por la Cruzada, ¿por qué solamente nosotros vamos a pagar el pato?

—Yo —dijo el más cristiano— tocaré el timbre. San Pedro es nuestro camarada. Voy.

Y tocó. La puerta se abrió delicadamente. Una señorita vestida con una túnica lila de semana santa y transparente, y sólo con esa túnica, se levantó de la silla y vino a atender los aéreos visitantes.

—Bienvenidos, señores. ¿Qué desean? ¿En qué podemos servirle —habló en perfecto español de España.

Hubo un silencio espacial, imponderable, inasible e inconsútil.

—Sí, —agregó con dulzura la muchacha— estamos a la orden. ¿En qué podemos servirles?.

En realidad, "mis", no queremos absolutamente nada, ni vinimos por nuestra cuenta... nos subieron acá — Dijo el cristiano.

—¿Quiénes? Preguntó la supuesta mis.

—Unos pájaros.

—¿Pájaros?

—Sí.

—¡Qué raro! pero si ya no usamos pájaros, ¿eran migratorios? ¿Abajo había algún temporal de nieve?

—No, "mis".

—Bueno, pero ¿qué es eso de "mis?"

—Nada, —dijo el cristiano —pero ¿no es usted norteamericana de Indiana?

—¡Oh, no qué va!... acá arriba no hay naciones, es la globalidad. ¿Comprenden? Pero, en realidad, ¿quienes son ustedes, o se trata de algún cuento de García Márquez?

—¡Ah! señorita, conocen acá a García Márquez?

—Sí, creo que lo están esperando, pero allá abajo.

—¡Horror! —clamó el cristiano.

—Pero bueno, como nos llega una clientela de millones, al fin y al cabo, ¿quiénes son ustedes?, para proceder. Puede decírmelo usted, señor gordito? y perdone la confianza.

—Reverendísimo San Pedro, ¿es su excelencia? Pues mire, tengo aquí a tres personas, pero no aparecen en la lista, ¿pudiera usted venir a la recepción, si no se halla ocupado con nuestro Señor?

—Voy para allá—contestó.

—Nosotros somos los tres fantasmas de Clayton: Fulano, Zutano y Mengano.

—Ah, muy bien. Ahora tenemos un sistema de computación muy avanzado. La muchacha tecleó en una minicomputadora, mientras la luz del fondo, le traspasaba la túnica lila, delineándole el cuerpo de una esbeltez verdaderamente celestial.

—Oye, gordo susurró el fantasma tercero —mira que cuerpo más brutal tiene esa hembra.

—¡Calla, bruto! —respondió el gordo —¿no te das cuenta de que estamos en la misma puerta del cielo? ¿O es que ni aquí te compones?

—Miren caballeros —dijo la recepcionista, al mirar la pantalla— sus nombres no aparecen, y nuestros programas son infalibles.

Hubo hilaridad en el grupo de fantasmas, que de pronto perdía el equilibrio sobre el tablado de nubes.

—Pero, un momento —expresó la niña— llamaré al propio San Pedro.

—¿San Pedro? —preguntó el fantasma gordo.

—Sí —la chica había llamado por un teléfono celular— Reverendísimo San Pedro, ¿es su excelencia? Pues mire, tengo aquí a tres personas, pero no aparecen en la lista, ¿pudiera usted venir a la recepción, si no se halla ocupado con nuestro Señor? —"Voy para allá" —contestó.

—Y en cinco minutos llegó San Pedro, muy remozado y sumamente amable, envuelto en una túnica blanca, cubierta la cabeza con una especie de gorro caucasiano.— "Mira —susurró el cristiano— la túnica blanca, es civilista".

—¿En qué puedo servirles, hermanos?—Preguntó San Pedro.

—Es que en realidad no sabemos por qué nos han subido aquí. —respondió el más cristiano.

—¿Cómo murieron, y dónde? —insistió San Pedro.

—No sabemos, excelencia, si estamos muertos o vivos, aparentemente no hemos muerto aún.

—Pues bien, todo parece indicar, entonces que ha sido un lapsus cataléptico... o caso un virus maligno en la computadora.

—No entendemos —musitó el gordo.

—Pero, si mal no recuerdo —reflexionó San Pedro— el caso de ustedes dice relación con los feísimos acontecimientos de diciembre de 1989, en el pequeño país, de nuestros hermanos de Panamá.

Los fantasmas se miraron unos a los otros, sin saber cómo responder a la interrogante insinuación.

—Pueden contestarme, con toda confianza, acá en el Cielo tuvimos varios informes al respecto. Y luego, muchas almas, de los caídos en la invasión, sin culpa alguna, ya están a la diestra de Dios Padre, gozando de la gloria eterna, y además han dicho pestes de ustedes. ¿Tienen alguna culpa, hermanos?

—Bueno, distinguido San Pedro —respondió el fantasma tercero, con su voz de ultratumba— algo puede haber de aquello, aunque perdóneme, difiero de su excelencia en la apreciación de que fuera un feo acontecimiento. Todo lo contrario, pues hasta nuestro amantísimo arzobispo dijo que fue una liberación y no una invasión y además, un educador dijo que "fue un amanecer espléndido".

—Bueno aquí recibimos muchos faxes, de todas las agencias noticiosas; claro, hay puntos de vistas distintos, incluso dentro del seno de la iglesia. ¿Pero cómo pudo haber sido un amanecer espléndido, si hemos recibido tantas almas de muertos por ese amanecer? Yo pienso, es mi idea, que ese educador tendrá dificultades cuando venga por acá.

Por lo bajo, el fantasma tercero, le musitó al fantasma gordo— "¿no crees tú, que este hombre está influido por los militares? ¡Chuleta! te veo bien mal."

—Pero en fin, hermanos —preguntó San Pedro— ¿eran ustedes o no los dirigentes que tomaron posesión en una base? El nombre se me olvida... ¿Puedes consultar la computadora, niña —dijo San Pedro a la muchacha y ella tecleó y de una vez respondió: —"Señor, la base de Clayton"...

—Bueno, excelencia —respondió el gordo— sí y no.

—Ajá, es usted abogado, ¿verdad? Entendida su revecina; pero lo concreto señores, es que ustedes no están muertos, porque no aparecen como finados en el programa de la computadora. Señorita —le dijo a la de la túnica transparente— averigüeme en qué quedó este caso.

—¿Es el BH,15-659-795-777 X?

—Sí.

La muchacha tecleó nuevamente la computadora y chispeó el letrero verdiazul de la pantalla. Luego se acercó con discreción a San Pedro y con delicadeza, le dijo algo al oído, imperceptible para los fantasmas.

—Ajá —carraspeó el de las llaves— El acta dice que en realidad ustedes, del susto de una manifestación se desmayaron; que no están muertos, pero que la decisión impostergable e inapelable era la de que tenían que morir ya.

—¡No! —gimieron los tres al unísono.

—Caballeros —dijo el Sumo llavero nadie puede subir acá sin haber muerto antes... y además, según el informe, se dice que han de morir fusilados.

—¡No! —gritaron, al punto de desfallecer nuevamente.

—¿Pero aún no fueron fusilados verdad? O estamos confundidos, pero, ¡qué va!, la computadora no se equivoca, es la fatalidad de la revolución tecno-científica.

—Pero su excelencia San Pedro, tal crimen no puede ser con personas cristianas, católicas y romanas como nosotros. ¿No que se habló últimamente de concertación? —exclamó el fantasma gordo ¿No puede usted gestionar ante el mismo Supremo?

—Imposible, esto no me ha sido dado; arriba está todo compartido, yo me ocupo de las llaves y de nada más.

—Oye —le preguntó el fantasma primero al fantasma segundo —¿y no podemos dirigirnos al Papa Santo?

—¡Qué va! —respondió éste— si al fin y al cabo, el arzobispo se arrepintió de lo dicho, de que la vaina fue liberación. Estamos perdidos.

—Lo siento —dijo San Pedro— Pero mire señorita, ¿quiere leerle el parte que hay allí en el fax quince mil millones?

—Cómo no, excelencia. Dice lo siguiente, les aclaro que vino en inglés, y hago una traducción directa —explicó la muchacha de la túnica lila— "Los tres fantasmas de Clayton, deberán ser fusilados, en plaza pública, por los delitos de alta traición a la patria"...

—¡Chuleta!

—¡Horror!

—¡Mierda!

Como ustedes pueden ver, no es un mandato del cielo. Somos contrarios a los fusilamientos; es el libre albedrío de los hombres, que opera según el destino. Yo tan solamente les comunico; ni siquiera cual Poncio Pilatos, me lavo las manos. Como ustedes aprendieron en el catecismo de la Doctrina Cristiana, yo apenas hago de portero; no soy beligerante; no puedo cambiar ninguna ruta, que no sea la entrada aquí, según los créditos que cada quien trae. Por lo tanto deben bajar hipsofactamente para cumplir con la exigencia ineluctable del destino.

Y diciendo esto ordenó a la joven de la túnica transparente y de exquisitas formas, que tocara otra tecla, la roja.

La niña lo hizo, y ¡pum!... bajaron como tiros de escopeta, los tres fantasmas, y cayeron, para su mala suerte, nada menos que en el supe-poblado Distrito Especial de San Miguelito. En donde para entonces había un enorme estadio que llevaba el nombre de "Mártires de diciembre"

Hacia el sur, en dirección del Cerro Ancón, en cuyas entrañas estaba el búnker del Comando Sur, con todos sus aparatos, dirigieron las líneas principales de la tarima central, al frente, contra el muro, acolchonaron la pared, con material plástico de espuma. Sobre el tope de las graderías del estadio, había miles de banderas panameñas y todo tipo de consignas: "¡Paredón!... ¡De que se van... se van!... ¡De pie o muertos... nunca de rodilla!"... etc., etc.

Un gentío bárbaro cantaba canciones, daba gritos, como parte del programa de la semana patriótica que celebraban en todo el país.

Cuando los tres fantasmas, en paracaídas iguales a los que usaron en la invasión los norteamericanos, cayeron justamente en el centro de la arena del estadio, las masas enardecidas se levantaron de las graderías, alzaron las manos, y gritaron:

—¡Buena ésa!...

En ese momento un altoparlante ordenó silencio. No se escuchaba el aliento de una mosca.

—¡Pueblo panameño! ahora empieza el acto cultural.

Y mientras los tres fantasmas, casi petrificados por el terror y la caída en paracaídas, parecían en realidad fantasmas de piedra, y el público aplaudía atronadora-

mente los puntos de la velada que duró dos horas: lectura de una página de la novela Luna Verde, de Beleño; declamación, por varios famosos artistas, de Incidente de cumbia, de Korsi, de Panamá Defendida, de Franco; grupos corales cantaban: Viva Panamá; cantores de décimas interpretaban: Que se vayan del Canal, de Changmarín y luego participaban los Congos, los conjuntos de cumbias y tamboritos, y finalmente aires típicos interpretados por Osvaldo Ayala y Victorio Vergara.

Entonces vino la parte más interesante. El maestro de ceremonia leyó:

—¡Señores! quinto punto... acto de fusilamiento, de los tres fantasmas de Clayton.

—¡Paredón... paredón... paredón! gritaban las masas.

—¡Silencio! —gritaba el maestro de ceremonia. Silenciooo!

—¡Paredón... paredón!...

—¡Silencio! repito...

Hubo silencio.

—Voy a leer la resolución del cabildo abierto del pueblo.

—No creas —le dijo, en ese instante el fantasma más cristiano al gordito—esto es un sueño, y como los sueños, sueños son, no nos van a fusilar nada. Además, ya la época de la confrontación violenta terminó, terminó la guerra fría, viene la cooperación...

Pero el maestro empezó a leer la resolución que concluía de la siguiente manera: "Y por traición a la patria, se les condena al fusilamiento... "Por tanto, tres ejecutores, hijos huérfanos de miembros de las Fuerzas de Defensa, y cuatro de los Batallones de la Dignidad, conducirán a los reos al paredón, y cumplirán la resolución .

—¡Buena!... —gritaba la masa enardecida.

...tocaron, otra vez el timbre y apareció la chiquilla, pero con una túnica de tono rosa, igualmente transparente.

Empezó el toque de un tambor, el mismo que en 1902, el quince de mayo, utilizaron los godos, por orden de los gringos, para fusilar al cholo guerrillero Victoriano Lorenzo. Los fantasmas, a empujones trataban de marchar, mientras con el ritmo del tambor, el gentío repetía con palmadas.

—¡Allá, los del sonido —gritó el maestro de ceremonia, pongan Colonia American no... Y levantándose de las graderías las gentes coreaban la tonada.

Ya habían llegado los fantasmas al sitio preparado para el punto final. Un sacerdote les dio la extremaunción. Los vendaron. Se aprestaron tres muchachas y cuatro jóvenes con sus AK-47.

—¡Atención! —gritó el comandante—En posición... apunten...

—¡Fuego! —y se acabó.

No más caer al tablado, ahora sí, supremamente muertos, cuando los tres fantasmas, de nuevo aparecieron en las entradas del cielo; tocaron, otra vez el timbre y apareció la chiquilla, pero con una túnica de tono rosa, igualmente transparente.

—¡Ah!... ¡qué bien! llamaré a San Pedro.

—Excelente, caballeros, excelente —dijo San Pedro a los recién llegados—Ahora sí que están muertos. Mire bien, usted señorita, en la computadora.

La chica marcó, leyó en la pantalla y con sigilo le informó, casi en la oreja, a San Pedro.

—¡Jum! carraspeó el Santo —pero según la computadora, señores, ustedes van para abajo. Niña, toque el botón morado,—le ordenó a la de la túnica rosa.

Y sólo tentarlo, cuando las tres ánimas descendieron a retropropulsión. En la medida en que se acercaban a las enormes pailas ardientes, con el pánico enredado, como

una sierpe de candela en las gargantas, aún pudieron transmitirse, alguna información:

—Oye, tú maldito, que decías que todo era un sueño, desgraciado hijo de tu madre!... —y el gordo rompió a llorar.

—¿Y saben? dijo el fantasma tercero —descubrí que esa no era la puerta del cielo, ni San Pedro era San Pedro.

—¿Cómo? —preguntó el fantasma más cristiano. ¿Por qué no lo dijiste?

—Pues debajo del gorro le noté, lo que de seguro eran las puntas de los cachitos... ¡Ay!...

Índice:

		Página
1	Juramentación y cena casi fantástica	9
2	La honorable exputa, madame pumpum	17
3	La luz anaranjada	21
4	Tecnología para la muerte	23
5	El miedo	28
6	El abuelo y el perro	37
7	Saqueo 1, pero en fila	41
8	Saqueo 2 y un par de relojes	45
9	Saqueo 3 y los envoltorios de cocaína	51
10	Saqueo 4 y collares de perro	53
11	Saqueo 5 y Salvador Dalí	55
12	Saqueo 6 y la bandera	59
13	Saqueo 7, es la guerra niño	61
14	Lama	67
15	La guacamaya azul	73
16	AK-47 contra M-16	79
17	Cedro Amargo	93
18	Machito	95
19	Están matando a Papadios	103
20	Puertorriqueño rompeculo	111
21	No era tiempo para televisión a colores	113
22	Sargento MacFarland	119
23	Hay una Esperanza	131
24	Par de loros	137
25	Una fotografía y los delfines	145
26	Residentes: Ok... Army, O.K.	157
27	Fotografías sobre la yerba	161
28	Las arañitas de Esther María	165
29	Las partidas de nacimiento	171
30	La tigra de San Miguelito	179
31	Las espadas de Toledo y la niña Luz Amalia	189

32 Chuchú, escolta de la patria 199
33 Folclor para matarifes 215
34 Luna mártir 219
35 Panameño, sin embargo 223
36 Ardían las espinelas como plumas de pólvora 227
37 Tania 235
38 Dijo ñagare 251
39 La capitana 267
40 Rock y Vaticano 271
41 Chimbombó de nuevo 287
42 Cuando bajaron los ángeles y los arcángeles 293
43 La subida casi fantástica a las orillas del cielo y la bajada súbita al reino de las pailas infernales 309

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA
3 4189 00055 1709

ESTE LIBRO FUE IMPRESO
EN LOS TALLERES GRAFICOS
DE IMPRESORA REAL
TEL.:228-0000